

\* \* \*

Está terminando la guerra europea a la manera de un drama de Eche-  
garay, según parece: con el castigo de los malos y la reparación de las  
injusticias, no a la larga sino en breve.

—¿Y quién ha perdido?

—Hemos perdido todos, como sucede en todas las guerras. Las ventajas  
o beneficios que se citan no compensan las pérdidas sufridas.

---¿Y quién habrá ganado más?

---Alemania. Me refiero a sus directores intelectuales únicamente, a los  
que firmaron el famoso manifiesto de 1914. Ellos habrán aprendido aque-  
llo que era ya bien sabido en las universidades inglesas, francesas y ame-  
ricanas: 1º que así como entre individuos la peor manera de arreglar un  
asunto es la de ir a los golpes, así, entre las naciones, es la guerra militar  
la peor solución posible de una dificultad. 2º Que el militarismo a la pru-  
siana no vale lo que cuesta, aun en caso de guerra. Que un pueblo civil---  
como Inglaterra o los EE. UU.---puede improvisar un ejército superior, en  
virtud de la robustez en todo orden de las unidades que lo componen.  
3º Que a estas horas nada estable se logra con métodos de conquista  
cruel y terrorífica. Que sólo el amor edifica. 4º Que el problema primor-  
dial de la manutención de las poblaciones no se resuelve con la multipli-  
cación de los armamentos.

\* \* \*

Leí algo de *Carreño* cuando niño. Su recuerdo es uno de tantos pe-  
nosos recuerdos que guardo de la vida en escuelas y colegios. Un buen  
libro de urbanidad ha de escribirse con criterio de higienista, buscando  
salud, alegría y maneras de hacer agradable la vida social.

En la calle todos somos desconocidos. Ni el vestido ni el sexo son  
guías infalibles en lo tocante al reparto de nuestras atenciones. La co-  
modidad en la acera corresponde al más enfermo, por la edad o por  
cualquier otro motivo. Una joven que se desvía o baja con soltura para  
ceder el campo a quien parece menos alentado, suma el más valioso  
encanto a los otros de su sexo. En Francia y en Italia --- latinas tam-  
bién ---, en sus ciudades más cultas, me sorprendió sobremanera la ur-  
bana gracia de las niñas, que yo comparaba tristemente con el arrogante  
encogimiento de mis compatriotas. Aquí se les ha hecho pensar que en  
siendo mujeres y creyéndose bonitas pueden ser malcriadas.

La regla, en la calle, para con los ancianos o los enfermos, es muy  
simple: no obligarlos a subir ni a bajar ni a cambiar de dirección: per-  
mitirles que sigan como vienen. Pero esta regla es desconocida por nues-  
tra juventud ---, no juro en vano ---, sobre todo por la parte que debiera  
ser la más bella.

\* \* \*

Hay personas para quienes todo lo nacional es malo. Si se trata de  
compañías, particularmente, siempre saltan a la defensa de las extran-  
jeras. Hablo con una de dichas personas y le pregunto: --- ¿Qué me dice  
de la compañía de tranvías de San José? ¿Cómo defiende usted el hecho  
de que los rótulos de sus carros se encuentren constantemente en opo-  
sición con la verdad? Lee uno: *San Pedro*, y el carro va para la Esta-  
ción del Pacífico, y así de los demás.

--- No lo defiende, responde, pero lo explico: el mal está en que el  
Gobernador de San José es hijo del país. ¡Fuera inglés o norteamericano,  
vería usted!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

20 de Noviembre de 1918.